

VULNERABILIDAD SOCIAL: UNA MIRADA CON CARÁCTER DIAGNÓSTICA DIRIGIDA A LA FAMILIA VENEZOLANA

**SOCIAL VULNERABILITY:
A DIAGNOSTIC LOOK AT THE VENEZUELAN FAMILY**

LENNYS CAROLINA LURÚA FAJARDO*
Escuela de Trabajo Social. FACES
Universidad Central de Venezuela
lennyslurua@gmail.com
<https://orcid.org/0009-0007-9554-2038>

Fecha de recepción: 04/02/2025-Fecha de aceptación: 19/10/2025

<https://doi.org/10.54642/RVAC.2025.31.2.01>

* Profesora asociada de la Facultad de Ciencias Económicas y sociales. Dra. en Ciencias Sociales. Magister en Educación Superior, Magister en Gerencia del Talento Humano; Especialista en Orientación y Consultoría familiar. Licenciada en trabajo social, *summa cum laude*. Psicólogo, mención organizacional (no en ejercicio).



Este artículo y sus anexos se distribuyen por la *Revista Venezolana de Análisis de Coyuntura*, bajo los términos de la Licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-CompartirIgual

RESUMEN

El presente estudio aborda la problemática de la vulnerabilidad y desigualdad social en Venezuela, destacando su persistencia y la ineficacia de las acciones para su reducción. Se analizan las experiencias de individuos en situaciones de desventaja, utilizando conceptos como pobreza, exclusión social, marginalidad y vulnerabilidad y su impacto en la familia venezolana. La vulnerabilidad, por tanto, es vista como la inseguridad e indefensión que experimentan individuos y comunidades, así como la falta de recursos y estrategias para satisfacer necesidades. Se distingue de la pobreza y la exclusión social, y se relaciona con la fragilidad y las limitaciones para enfrentar situaciones adversas. Ante este escenario se identifican las estrategias familiares y estructura de oportunidades; las estrategias de adaptación y optimización que utilizan las familias para enfrentar situaciones de riesgo. Asimismo, y cumpliendo con el rigor metodológico que debe guiar toda investigación, se hizo uso de los elementos configurativos del enfoque cualitativo a través de la realización de entrevistas semiestructuradas a familias beneficiarias por programas sociales, favoreciendo el análisis en conjunto sobre temas tales como: organización familiar, bienes, hábitat, capital humano, capital social, capital económico y protección social.

Palabras clave: vulnerabilidad social/ familia/ estrategias de afrontamiento/ protección social.

ABSTRACT

The present study addresses the problem of vulnerability and social inequality in Venezuela, highlighting its persistence and the ineffectiveness of actions to reduce it. The experiences of individuals in disadvantaged situations are analyzed, using concepts such as poverty, social exclusion, marginality and vulnerability and their impact on the Venezuelan family. Vulnerability, therefore, is seen as the insecurity and helplessness experienced by individuals and communities, as well as the lack of resources and strategies to satisfy needs. It is distinguished from poverty and social exclusion, and is related to fragility and limitations in facing adverse situations. In this scenario, family strategies and opportunity structure are identified; the adaptation and optimization strategies that families use to face risk situations. Likewise, and in compliance with the methodological rigor that must guide all research, use was made of the configurative elements of the qualitative approach through semi-structured interviews with families benefiting from social programs, favoring joint analysis on topics such as: family organization, assets, habitat, human capital, social capital, economic capital and social protection.

Keywords: social vulnerability/ family/ coping strategies/ social protection.

Código JEL: I31, I38

INTRODUCCIÓN

La vulnerabilidad y la desigualdad social son temas de alta relevancia y pertinencia para la investigación social, debido a su intensidad y persistencia, así como a la ineficacia de las acciones para su reducción y superación. Los fenómenos asociados con las desventajas que ciertos grupos viven constituyen un punto nodal para comprender los mecanismos de reproducción social, en particular, porque permiten explorar y evidenciar los medios específicos de las diferentes formas de organización social.

Si bien existen herramientas altamente complejas para medir, estableciendo umbrales, la cantidad, la intensidad y la incidencia de estas condiciones, bajo conceptos como pobreza, exclusión social, marginalidad y vulnerabilidad (Paz, 2010, p. 66), se hace necesario analizar con otras herramientas de investigación social las experiencias situadas espacial y temporalmente de los individuos, para comprender cómo se expresan y se vivencian.

En el caso de Venezuela no deja de ser importante la mirada dialéctica que se ha venido construyendo, a partir de la comprensión de la relación que el país mantiene con los eventos globales y locales, siendo esto una permanente relación que se alimenta por los principios de la era planetaria, pero también la que va emergiendo de la vivencia de las y los venezolanos dentro de su territorio.

En tal sentido, es oportuno iniciar la presente disertación observando con detenimiento algunos planteamientos, para ir perfilando una mirada sobre nuestra realidad que se palpa en la cotidianidad del venezolano. Como estrategia orientada a comprender las ideas plasmadas en este escrito, es oportuno establecer algunos acuerdos teóricos que faciliten al lector el tejido discursivo de este estudio.

Empecemos, pues, hablando de nuestra convivencia con la comunidad internacional.

La sociedad mundial

El presente siglo ha estado marcado por notables descubrimientos y progresos científicos, muchos países han logrado avances importantes en el nivel de vida —a lo mejor estancado por la pandemia— pero, en general, la sociedad mundial ha continuado su progresión con ritmos muy diferentes según los países.

No obstante, un sentimiento de desencanto parece dominar y contrasta con las esperanzas nacidas inmediatamente después de la última guerra mundial. Puede, entonces, hablarse de las desilusiones del progreso en el plano económico y social.

El aumento del desempleo y de los fenómenos de exclusión en los países ricos es prueba de ello y el mantenimiento de las desigualdades de desarrollo en el mundo lo confirman.

Desde luego, la humanidad es más consciente de las amenazas que pesan sobre su medio ambiente natural, pero todavía no se ha dotado de los medios para remediar esa situación, a pesar de muchas reuniones internacionales y de importantes advertencias consecutivas a fenómenos naturales o a accidentes tecnológicos.

El «crecimiento económico a ultranza» ya no puede considerarse el camino más fácil hacia la conciliación del progreso material y la equidad, el respeto de la condición humana y del capital natural que se debe transmitir en buenas condiciones a las generaciones futuras. «Es oportuno recordar que desde el año 1945 a la fecha, ha habido unas 150 guerras que han causado más de 20 millones de muertos» (Delors, 2022, p. 90). Lo indicado podría invitar a pensar sobre: ¿nuevos riesgos o riesgos antiguos? Realmente poco importa, en tanto las tensiones están latentes y estallan entre naciones, entre grupos étnicos, o en relación con injusticias acumuladas en los planos económicos y sociales.

Medir estos riesgos y organizarse para prevenirlos es el deber de todos los grandes líderes en un contexto marcado por la interdependencia – cada vez mayor– entre los pueblos y por la mundialización de los problemas.

Pero, ¿cómo aprender a vivir juntos en la «aldea planetaria» si es difícil vivir en las comunidades a las que pertenecemos por naturaleza: la nación, la región, la ciudad, el pueblo, la vecindad? El interrogante central de la democracia es si quiere y si se puede participar en la vida en comunidad. Quererlo, téngase presente, depende del sentido de responsabilidad de cada uno.

Ahora bien, si la democracia, que ha conquistado nuevos territorios hasta hoy dominados por el totalitarismo y la arbitrariedad, tiende a debilitarse donde existe institucionalmente desde hace decenas de años, como si todo tuviera que volver a comenzar continuamente, a renovarse y a inventarse de nuevo, ¿cómo podrían las familias no sentirse aludidas por estos grandes desafíos? ¿Cómo no podrían las familias favorecer la crianza de un sujeto con valores que contribuya a la cohesión social?

A este fin conviene afrontar, para superarlas, las principales tensiones que, sin ser nuevas, están en el centro de la problemática del siglo XXI y se señalan a continuación, esto es¹:

La tensión entre lo mundial y lo local: convertirse poco a poco en ciudadano del mundo sin perder sus raíces y participando activamente en la vida de la nación y las comunidades de base.

La tensión entre lo universal y lo singular: la mundialización de la cultura se realiza progresivamente aunque todavía de manera parcial. De hecho es inevitable, con sus promesas y sus riesgos, entre los cuales no es menor el de olvidar el carácter único de cada persona, su vocación de escoger su destino y realizar todo su potencial en la riqueza mantenida de sus tradiciones y de su propia cultura, amenazada, si no se presta atención, por las evoluciones que se están produciendo.

Asimismo, **la tensión entre tradición y modernidad** pertenece a la misma problemática: adaptarse sin negarse a sí mismo, edificar su autonomía en dialéctica con la libertad y la evolución de los demás, dominar el progreso científico. Con este ánimo conviene enfrentarse al desafío de las nuevas tecnologías de la información (redes sociales; inteligencia artificial, entre otras).

La tensión entre el largo plazo y el corto plazo, tensión eterna pero alimentada actualmente por un predominio de lo efímero y de la instantaneidad, en un contexto en que la plétora de informaciones y emociones fugaces conduce incessantemente a una concentración en los problemas inmediatos.

Los actores sociales piden respuestas y soluciones rápidas, mientras que muchos de los problemas encontrados necesitan una estrategia paciente, concertada y negociada de reforma. Tal es precisamente el caso del trabajo social, como expresión de la acción social.

En tal sentido apunta **la tensión entre la indispensable competencia y la preocupación por la igualdad de oportunidades.** Cuestión clásica, planteada desde comienzo de siglo a las políticas económicas y sociales y a las políticas educativas; cuestión resuelta a veces, pero nunca en forma duradera.

¹ Basado en las ideas, principios y fundamentos propuestos por la UNESCO en el año 2000. Disponible en: <https://innovaprende.wordpress.com/2017/09/05/la-educacionesun-tesoro-jacques-delors/>

La tensión entre el extraordinario desarrollo de los conocimientos y las capacidades de asimilación del ser humano. Por último con relación a esta dimensión, la tensión entre lo espiritual y lo material, que también es una constatación eterna. El mundo, frecuentemente sin sentirlo o expresarlo, tiene sed de ideal y de valores.

Qué noble tarea la de suscitar en cada persona, según sus tradiciones y sus convicciones y con pleno respeto del pluralismo, esta elevación del pensamiento y el espíritu hasta lo universal y a una cierta superación de sí mismo. La supervivencia de la humanidad, los teóricos que se han dedicado al estudio de las familias lo afirman. Nuestros contemporáneos (todos nosotros) experimentan una sensación de vértigo al verse ante el dilema de la mundialización, cuyas manifestaciones ven y, a veces, sufren en la búsqueda de raíces, referencias y pertenencias.

Lo descrito impresiona como atemporal y preocupa, de forma reiterada, a las organizaciones con importante poder decisorio en la dinámica mundial. Vale la pena traer a la palestra la agenda 2030, que enmarca 17 objetivos de desarrollo, que no son más que elementos sintetizadores de las tensiones expuestas con anterioridad:

Figura 1
Objetivos del desarrollo, agenda 2030



Fuente: <https://www.cepal.org/es/temas/agenda-2030-desarrollosostenible/objetivos-desarrollo-sostenible-ods>

Estas nuevas realidades, expresadas en las tensiones descritas en los objetivos de la agenda 2030, que impresionan porque han tenido una presencia constante en la realidad, hoy con mayor agudeza, estarían auspiciando que la sociedad, en conjunto con otras áreas del saber, afronte este problema, pues se sitúa, más que nunca, en la perspectiva del nacimiento de una sociedad mundial, en el núcleo del desarrollo de la persona y de las comunidades.

De acuerdo con lo expuesto, la comprensión de la vulnerabilidad social y la organización de acciones tendientes a atenderla, deberían contribuir para alcanzar la misión de permitir que todos, sin excepción, hagan fructificar todos sus talentos y todas sus capacidades de creación, lo que implica que cada uno pueda responsabilizarse de sí mismo y realizar su proyecto personal.

Hablemos de la Venezuela que se gesta desde la entrada en vigencia de la denominada República Bolivariana

Se busca en este apartado destacar, como parte de la problematización, la presencia de un proceso político que ha dejado huellas significativas en los estamentos organizativos de la vida del país, teniendo en cuenta aspectos que, más allá de una periodicidad, influyen en la configuración de la pertinencia del presente análisis.

Corría el año 1998, se realizan elecciones presidenciales, resulta ganador Hugo Chávez. Su gobierno inicia con un proceso constituyente que el 30 de diciembre del año 1999 derivó en la promulgación de una nueva constitución, la cual, según expertos como Giordani (2000), planteaba: «un proyecto de país, con énfasis en los derechos sociales; en el reconocimiento de la diversidad; el surgimiento de nuevos poderes y un rol ciudadano fundamental, para la toma de decisiones en la vida del país» (p. 56).

De aquella fecha a la presente, la nación ha pasado por diversos momentos, etapas, situaciones que hoy no dejan saldos alentadores, al menos en el área social. Por el contrario, sin datos oficiales y con apoyo del empirismo que se traduce en la propia vivencia personal, el sustento de estas aseveraciones se presentará tomando en consideración la labor investigativa que han realizado universidades como la Universidad Central de Venezuela, la Universidad Católica Andrés Bello, la Universidad Simón Bolívar, las Escuelas de Psicologías de varias universidades venezolanas y el Observatorio Venezolano de Pobreza.

¿A qué conclusiones han llegado?

Toman como punto de partida el bono demográfico, donde se aprecia un aspecto clave que entrecruza parte de sus conclusiones, a saber, el marcado contraste entre la realidad del Área Metropolitana de Caracas y la de las regiones del interior del país, especialmente en torno a las ciudades pequeñas y caseríos, a saber, el contraste entre un entorno en el cual la pobreza se sitúa alrededor del 32%, mientras que el otro ronda el 89%, lo que resulta un dato demoledor.

Esta marcada desigualdad entre los habitantes del país, posee una equivalencia clave en razón de que las circunstancias de los estratos socioeconómicos más desfavorecidos, así como de las ciudades pequeñas y caseríos, tienden a comportarse de forma bastante próxima. En términos generales, se observa que a medida que los entornos se tornan más rurales, las condiciones de vida de los venezolanos se ven deterioradas y corren el grave riesgo de ser invisibilizadas.

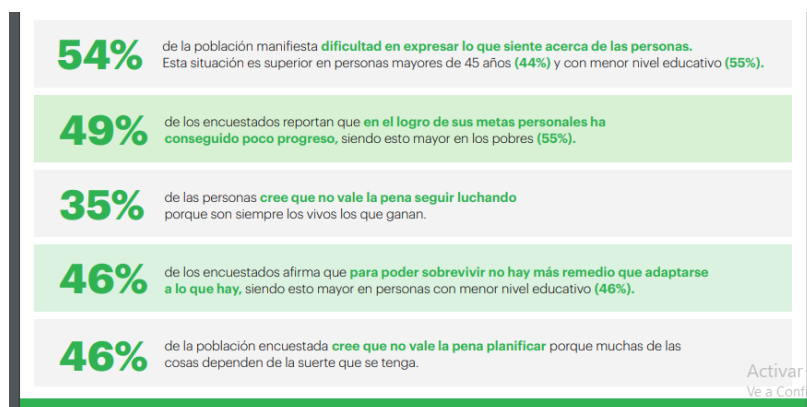
En cuanto al proceso educativo es necesario indicar que donde se observa la tasa de asistencia más baja es en el sector de mayor pobreza; por ejemplo, sólo 6 de cada 10 niños asisten a las escuelas. Tal dinámica sobre la tasa de asistencia significa que 192.369 adolescentes no asisten a las aulas, lo que se traduce en un retroceso en la inserción educativa propia de los años 50.

En cuanto a la asistencia se aprecia, claramente, que si el entorno familiar ha recibido educación secundaria completa, la tasa de asistencia llega a un 85%, mientras que si en el entorno familiar el nivel alcanzado es inferior a primaria, la tasa decae a un 71%.

Asimismo se registra que la tasa de asistencia a las aulas por parte de los adolescentes –como muestra de una población vulnerable– de sexo masculino es inferior a las del femenino, siendo 75% versus 80% respectivamente. Todos estos datos son cifras que superan los indicadores sociales obtenidos por el país entre los años 80 y 90.

Se observan, pues, incremento en la actividad delictiva; surgimiento de organizaciones armadas; politización en todos los ámbitos de la vida nacional; deterioro flagrante de la economía que llevó a una dolarización no oficial de ésta; deterioro en el funcionamiento de los servicios públicos y, como dato relevante, la migración de más de 7 millones de venezolanos, que dio origen a la familia transnacional, mostrando un fenómeno jamás visto en el país. En ese sentido, Psicodata (2024) señala:

Figura 2
Indicadores psicosociales



Fuente: https://psicologia.ucab.edu.ve/wpcontent/uploads/2023/02/PsicoData_compressed.pdf

Desde luego, la representación estadística de la situación en el país es amplia; no obstante, para efectos de este análisis, lo presentado resulta suficiente en términos de: **a.** Reconocer que el país ha cambiado en todos sus ámbitos y, en consecuencia, eso genera un impacto en el sujeto. **b.** El sujeto no está aislado, pertenece a una familia que sobresale como vulnerable por la dificultad para satisfacer necesidades básicas, lo cual coloca a las familias en una condición de vulnerabilidad social.

Para Pizarro (2021), el término de vulnerabilidad se encuentra asociado a dos componentes: uno, la inseguridad e indefensión que experimentan las comunidades, familias e individuos en sus condiciones de vida provocadas por las condiciones ocasionadas por algún tipo de evento económico-social de carácter traumático; y dos, los recursos y estrategias implementados por los mismos, que no permiten a las familias acceder a los satisfactores de sus necesidades.

El mismo autor reconoce que dicha situación se traduce, de manera objetiva, en una cotidianidad altamente exigente y, por tanto, con elevados niveles de estrés; que, en el caso de la familia venezolana, se refleja en el incremento de los índices de violencia, incremento en el abuso sexual infantil, incremento en la violencia intrafamiliar, incremento en los feminicidios, incremento del abandono paterno, incremento de los déficits nutricionales, incremento en los conflictos familiares; así como en el aumento de la subordinación económica –en el caso de las mujeres– aumento de la dependencia habitacional; incremento de los índices de hacinamiento, y en la presencia de promiscuidad etaria y funcional (Disponible en: <https://talcualdigital.com/cecodap-12-de-casi-un-millon-de-ninos-son-aquellos-que-reciben-ayuda-psicologica/>).

Bajo esta misma línea de análisis, según Psicodata (2024), 6 de cada 10 venezolanos reconoce como una fuente de estrés la economía: 4 de cada 10 identifica que su estado de ánimo está deteriorándose y tiene un nivel medio de efecto negativo, afectado por el duelo asociado a la muerte o al éxodo masivo de venezolanos, lo cual atenta contra la estabilidad emocional y personal de los que se quedan, con un 75% de venezolanos que ha experimentado la falta de algún miembro de la familia o de un amigo cercano. Cuando se menciona el malestar físico y psicológico, 35% de los encuestados señaló que no vale la pena seguir luchando, 49% ha tenido poco progreso en el logro de sus metas personales, y un 54% manifiesta dificultad en expresar lo que siente acerca de otras personas. Existe, sin duda, una clara dificultad para definir sus sentimientos sumada, a las relativas a la atención, concentración, comprensión y memoria en un 40% de los encuestados.

En ese contexto se desarrolla la cotidianidad de la familia en Venezuela y, dentro de esta, se presentan diferentes estilos de crianza y, por consiguiente, formas de interacción que deben ser revisados de cara a afirmaciones sobre si el modo en la que los padres o cuidadores educan a sus hijos, incluye las estrategias y prácticas que se utilizan para responder a las necesidades descritas, así como la manera en que se comunican las expectativas y se disciplina.

Eroles (2021) señala que en contextos vulnerables las respuestas a la crianza son vulnerables para la persona, comprometiendo las funciones y fines de la familia.

Siendo así valdría el ejercicio de comprender: ***¿Cuál es el diagnóstico de la vulnerabilidad social en Venezuela? Y más allá de resultados cuantitativos, cómo la viven nuestras familias?***

REFERENTES TEÓRICOS

El concepto central sobre el cual se articula el presente artículo es la vulnerabilidad social. Este mantiene estrechos vínculos con otras categorías ampliamente difundidas, como la pobreza y la exclusión social.

La vulnerabilidad social hace referencia a las condiciones de desventaja (Busso, 2021) y rezago social, económico, político y cultural que experimentan grupos sociales como resultado del «orden» social capitalista.

Los análisis de vulnerabilidad surgen a partir de las transformaciones socioeconómicas que caracterizaron las décadas de los años ochenta y noventa del siglo XX, que trajeron consigo, a principios del siglo XXI, una percepción de incertidumbre, indefensión e inseguridad en un gran porcentaje de la población latinoamericana.

En el contexto global se evidencian impactos internos como resultado de la coyuntura económica internacional, volatilidad de los mercados, aumento de la

informalidad y precariedad laboral, con variaciones en los salarios reales, retiro del Estado de la provisión de servicios básicos, y cambios en las formas de organización familiar (González de la Rocha, 2018).

Lo anterior, afectó y afecta las condiciones de vida en términos de acceso al empleo, ingresos, consumo, vivienda, crédito y seguridad social.

Teóricamente, la literatura sobre el tema muestra dos tendencias de análisis: 1) La que se centra en los atributos de individuos, hogares o comunidades vinculados con procesos estructurales que configuran situaciones de fragilidad, precariedad, indefensión o incertidumbre, como resultado de las condiciones históricas que afectan las posibilidades de integración social y mejora de las condiciones de vida. 2) Aquella cuyo foco es el efecto conjunto de factores de riesgo que aquejan a diversas unidades sociales. Esta perspectiva desplaza su foco de los atributos hacia la esfera de distribución de riesgos, que son resultado de procesos colectivos de toma de decisión y que se asocian con las nociones de seguridad. En consecuencia, un individuo, hogar o comunidad es vulnerable como producto del efecto conjunto de múltiples factores de riesgo, que configuran situaciones de vulnerabilidad social.

En términos conceptuales, mientras la pobreza principalmente se refiere a la carencia de ciertos bienes y recursos (Kaen, 2019), y la exclusión social a la ruptura de los vínculos que posibilitan la integración de los individuos a la sociedad (Castell, 1997), la vulnerabilidad tiene relación con la fragilidad, las limitaciones de personas, grupos y regiones para enfrentar situaciones adversas o inclusive cotidianas, y superar situaciones calamitosas o de sufrimiento social.

La vulnerabilidad social estaría, entonces, presente en situaciones de pobreza y exclusión social, pero también en situaciones previas, en familias o individuos que se encuentran en riesgo de caer en ellas (Kaztman, 2019).

Se trata de condiciones dinámicas que afectan las posibilidades de integración, movilidad social ascendente o desarrollo (Cruz, 2024). Tomando el planteamiento que hace Bel Adell (2022) respecto a la exclusión social, la vulnerabilidad social también «es una cualidad del sistema y, por tanto, una cuestión social, enraizada en la estructura y dinámica social general. Se contempla como manifestación, expresión y resultado de una determinada estructura social, en este sentido, es la propia organización social la que elabora en su interior poblaciones sobrantes, o en este caso vulnerables» (cfr., p. 9).

La vulnerabilidad social no es una condición o atributo de los individuos, poblaciones o regiones, dada por cuestiones étnico-raciales, edad, origen, género o

clase. Corresponde más bien a un efecto social originado por dinámicas históricas excluyentes y vulneradoras de los derechos de diferentes grupos sociales, que restringe capacidades y libertades.

Vinculando el contexto con la capacidad de acción, se afirma que la condición de vulnerabilidad se relaciona con la probabilidad de producirse un evento potencialmente adverso (exógeno o endógeno), la incapacidad de respuesta frente a tal contingencia (por carencias internas o de fuentes de apoyo externas), y la inhabilidad para adaptarse al nuevo escenario (Celade, 2022). Siguiendo esa misma lógica, la vulnerabilidad social se expresa ya sea como fragilidad e indefensión ante cambios originados en el entorno, como el desamparo institucional desde el Estado que no contribuye a fortalecer ni cuida sistemáticamente de sus ciudadanos; como debilidad interna para afrontar concretamente los cambios necesarios del individuo o de un hogar para aprovechar el conjunto de oportunidades que se les presenta; o como inseguridad permanente que paraliza, incapacita y desmotiva la posibilidad de pensar estrategias y actuar a futuro para lograr mejores niveles de bienestar (Busso, 2022, p. 8).

ESTRATEGIAS DE AFRONTAMIENTO DE LOS GRUPOS FAMILIARES FRENTE A LA VULNERABILIDAD SOCIAL

Para este análisis, la noción de estrategia, concebida racionalmente como el cálculo de medios-fines para maximizar los beneficios, es insuficiente y poco realista. Si bien algunas estrategias pueden estar precedidas por cálculos que evalúan los beneficios relativos de distintas combinaciones de los recursos que controlan, en la mayoría de los casos corresponden a formas habituales de reacción de los hogares frente a situaciones específicas o a la imitación de reacciones de personas o grupos de referencia frente a situaciones similares.

Las estrategias, entonces, son formas particulares de articulación de recursos para el logro de un fin, inmediato o de más largo plazo.

Clemente (2015) distingue entre estrategias de adaptación al riesgo y estrategias de optimización del medio social de riesgo. En las comunidades de alto riesgo, las estrategias que se generan son predominantemente adaptativas y, en consecuencia, tienden a reproducir la situación problema. En cambio, las de optimización logran alguna modificación, especialmente controlando las condiciones de riesgo presentes en el ambiente familiar y comunitario; sin embargo, anota la autora, en ambos casos se ponen en juego mecanismos de adaptación.

En definitiva, las estrategias son comportamientos o arreglos que se hacen en el ámbito de la familia para «existir» o «vivir», fin que en muchos casos no pasa del nivel de sobrevivir. Esto significa que abarcan arreglos coyunturales que hacen las familias para enfrentar crisis, e igualmente aquellos de carácter más general ligados con y condicionados por el estilo de desarrollo vigente en una sociedad concreta (Babarino *et al.*, s/f).

ESTRUCTURA DE OPORTUNIDADES

Para Rubén Kaztman (2019), el término «estructura» alude al hecho de que las rutas al bienestar están estrechamente vinculadas entre sí, de modo que el acceso a determinados bienes, servicios o actividades provee recursos que a su vez facilitan el acceso a otras oportunidades. Así, la obtención de niveles aceptables de bienestar está mediada por el acceso a una serie de posibilidades como empleos de buena calidad, altos niveles de formación educativa, redes sociales estables, cuya articulación aumenta la probabilidad de que los miembros del hogar se incorporen a actividades valoradas por el mercado y consigan cierto grado de estabilidad psicosocial.

Para Filgueira (2001), las oportunidades corresponden a recursos que el individuo no controla y sobre los cuales no incide o lo hace en forma marginal (indirecta, mediatizada por estructuras intermedias, compartida con otros miembros). Una definición más precisa indica que la estructura de oportunidades corresponde a las «probabilidades de acceso a bienes, a servicios o al desempeño de actividades. Estas oportunidades inciden sobre el bienestar de los hogares, ya sea porque permiten o facilitan a los miembros del hogar el uso de sus propios recursos o porque les proveen recursos nuevos» (Kaztman, 2019).

RECURSOS: ACTIVOS Y PASIVOS

La idea de recursos enlaza los medios tangibles e intangibles que generan la autosostenibilidad y el desarrollo de individuos y familias. Los recursos tienen que ver no sólo con ingresos económicos procedentes de la fuerza de trabajo, sino también con otro tipo de capitales relevantes para el desarrollo de estrategias y el aprovechamiento de oportunidades, como el capital humano y social (Lampis, 2010). Surgen de la estructura de oportunidades existente, pero a su vez la amplían.

En los análisis de vulnerabilidad se hace una distinción entre recursos y activos. Si bien los recursos son todos los bienes tangibles o intangibles que un hogar controla, los activos son el conjunto de bienes, recursos o atributos que pueden ser movilizados para mejorar el nivel de bienestar o superar situaciones adversas (Moser, 1998).

Los pasivos, en contraposición, son las barreras materiales y no materiales para la utilización de ciertos recursos del hogar. Sin embargo, algunos autores prefieren llamarlos inactivos, por su condición potencial de ser activados «en el momento en el cual logren superarse las condiciones que imposibilitan su ‘puesta en juego’, y con ello su aprovechamiento y fortalecimiento futuro» (Kaztman, 2019).

ESTRATEGIA METODOLÓGICA

La estrategia utilizada para dar respuesta a las preguntas de investigación se basó en los fundamentos del enfoque cualitativo, entendiendo que este alude –dicho de manera resumida– al ejercicio de comprender las experiencias, perspectivas y significados de las personas.

En razón de ello, para la selección de las familias se partió de una muestra de 75 hogares beneficiarios de programas sociales orientados a la superación de la pobreza y ejecutado por varias asociaciones civiles y gubernamentales que hacen vida en el país. En orden descendente, se seleccionaron aquellas con mayor variabilidad de representación en los componentes principales identificados en un índice de vulnerabilidad social: aspectos socioeconómicos, vulnerabilidad y características de la vivienda. Se siguió el orden de la lista para contactar los hogares y aplicar entrevistas semiestructuradas hasta obtener saturación de contenido con 11 hogares.

A través de un abordaje conversacional con miembros de las familias, se buscó una aproximación comprensiva para explorar experiencias de vulnerabilidad social, y se mantuvieron diálogos con hombres y mujeres reconocidos como «jefes de hogar». Coherente con el enfoque, en el texto se incorporan, lo que los y las participantes dicen, sus experiencias, actitudes, creencias, pensamientos y reflexiones, tal como son expresados por ellos mismos.

Se elaboró una guía con los siguientes tópicos para orientar los diálogos: Organización familiar: composición y dinámica. Bienes: inmuebles, muebles, equipos. Hábitat: entorno de la vivienda. Capital humano: salud y educación. Capital social: redes, relaciones y vínculos. Capital económico: ingresos, empleo, consumo. Protección social: programas de asistencia social del Estado u otras organizaciones.

Las conversaciones fueron grabadas y transcritas, con previo consentimiento. Además, se tomaron notas de campo. Para el análisis, se cumplieron tres etapas: la codificación abierta, la codificación axial y la selectiva (Strauss y Corbin, 2022).

En cuanto al análisis descriptivo, se construyeron códigos a partir de datos particulares; posteriormente se establecieron relaciones o conexiones entre los

diferentes contenidos que arrojaron los resultados descriptivo y, finalmente, se integraron a categorías.

RESULTADOS: LA FAMILIA VENEZOLANA FRENTE A LA VULNERABILIDAD

Los hallazgos se presentan de forma descriptiva, destacando los principales aspectos señalados por las familias. En el siguiente apartado se hace una discusión, contrastando con algunos referentes teóricos y resultados de otros estudios.

- **ACTIVOS**

Las familias entrevistadas identificaron dentro de los principales activos: la vivienda, que corresponde a un bien con implicaciones económicas y simbólicas; la formación educativa formal y el «saber hacer» como atributos individuales de algunos miembros de las familias, que facilitan el acceso a oportunidades principalmente laborales.

Por último, el cuidado de los infantes o personas con algún nivel de dependencia física o psicológica, como activos familiares/comunitarios relacionados con la satisfacción de necesidades afectivas y de protección con implicaciones económicas.

La vivienda –en alquiler, pero también y principalmente propias, perteneciente a la madre-abuela– constituye un recurso de alta significación para las familias, asociado con la satisfacción de una necesidad básica, tal vez la más apremiante, que ofrece la sensación de seguridad, de protección tanto presente como futura. Igualmente es un recurso del cual disponen para generar ingresos o reducir costos: alquilando cuartos, acogiendo a otros miembros de la familia y compartiendo gastos, o usando la vivienda para ofrecer servicios o vender productos.

Con respecto a la educación formal, las experiencias de las familias muestran que el acceso a niveles de educación superior, técnica o profesional permite obtener oportunidades de trabajo; además, genera cierto grado de libertad por cuanto facilita mayores «competencias», esto es, capacidad para «hacer» y probabilidades de acceso a oportunidades.

Dicho esto desde el lenguaje, pero en la práctica sólo una minoría accedió a estos niveles de educación, el «saber hacer» no formalizado es un activo de ciertos miembros de las familias que les facilita el acceso a oportunidades laborales para generar emprendimientos propios.

La rotación de trabajos por parte de algunos hombres les permitió desarrollar habilidades, generalmente manuales, en algunos oficios, lo que facilita su vinculación laboral. Un testimonio señaló: «Como le digo, él sabe de todo un poquito, bendito sea el Señor».

En tanto que algunas mujeres desarrollan actividades de cuidado de personas, ofrecen servicios estéticos (arreglo de uñas, peinado, corte de cabello), así como la venta de alimentos, lo que les permite generar ingresos.

Según esto, los hombres, con base en su «saber hacer» acceden a empleos con mayores niveles de formalidad (aunque predomina la informalidad), y alcanzan salarios dentro de los patrones formales propios del país y oportunidades de trabajo extra, mientras que las mujeres acceden a un tipo de trabajo de mayor informalidad, inestable, de pequeños ingresos, generalmente circunscrito a ámbitos domésticos y comunitarios.

El cuidado de personas es un activo familiar y comunitario en el que se activan redes sociales, que ofrecen oportunidades de protección al interior de las familias o por personas de las comunidades. Al mismo tiempo, estas actividades de cuidado son una fuente de ingreso para algunas mujeres, bien de manera informal o vinculadas con instituciones del Estado que ofrecen la modalidad de hogares de cuidado diario para el resguardo de niños y niñas. Asimismo, son una alternativa para que los miembros de las familias puedan trabajar, mientras dejan a los infantes, o a otras personas con algún grado de dependencia, al cuidado de otros, más aún en familias monoparentales cuyos jefes de hogar (principalmente mujeres) tienen imperiosamente que salir a trabajar. «[...] Aquí en la casa trabajo, prácticamente sí porque yo cuido unos niños, yo cuido dos niños, que la mamá trabaja entonces desde las seis de la mañana. A las seis y media, los llevo a estudiar, a la una de la tarde llevo al otro niño [...]» (Doris, 2024).

- PASIVOS

Dentro de los principales pasivos se encontraron los relacionados con el manejo de los conflictos o deterioro de las relaciones familiares, así como los asociados a la relación problemática entre capital humano (salud-educación) y trabajo/empleo.

Del mismo modo, se evidencia una relación de desventaja entre ingresos, necesidades, dinámicas familiares y gastos. Por último, a pesar de haberse señalado que la vivienda es uno de los principales activos, las posibilidades para acceder a una vivienda propia son escasas.

La familia es el grupo social más significativo en la vida de las personas y con el que cuentan, con mayor frecuencia, para enfrentar situaciones adversas. No obstante, se evidencian relaciones variadas en el interior de las familias: de conflictividad por la convivencia cotidiana y por situaciones de orden económicas (préstamos/deudas, procesos legales). Se puede identificar un conjunto de relaciones en el interior de las familias antes que una unidad organizativa homogénea.

Además, se confirma dentro de los grupos familiares una cierta estratificación social (económica, laboral, según la formación y donde se reside), que media las relaciones entre sus miembros, acercándolos o distanciándolos; sin que se evidencie un patrón familiar de lejanía entre «clases diferentes» y cercanía entre «clases semejantes».

Las relaciones familiares se ven afectadas, principalmente, por conflictos causados dentro de las dinámicas de agrandamiento de las familias, bien sea debido a la cohabitación con miembros de la familia extendida, o por la ampliación de las familias ocasionada por embarazos a temprana edad o bien por el retorno de miembros como resultado de rupturas afectivas y/o crisis económicas.

En todos estos casos predominan los conflictos propios de la convivencia, sumados a las tensiones causadas por el aumento de miembros, el incremento de gastos y la reducción o inestabilidad de los ingresos. También se mencionan situaciones de violencia familiar, de los hombres hacia las mujeres, lo cual significa el padecimiento físico y psicológico de la violencia misma y las rupturas que llevaron a que muchas mujeres asumieran la responsabilidad afectiva y económica de sus familias e ingresaran al mercado laboral sin ningún tipo de preparación o experiencia previa.

[...] Ella se fue de la casa con el novio y ya después de todas maneras cuando empezó a irle mal con ese muchacho porque él le pegaba, hasta que se separó y entonces ella estuvo un tiempo en la casa. [...] De ahí empezó a trabajar otra vez y a responder por las niñas. Alcanzó a estar como unos cinco años en la casa [...]. Se consiguió otro señor, se veía muy formal y todo, pero ¡uy no!, eso era horrible, también la abusaba y le daba [...] (Amalia, 2024).

En la mayoría de las familias entrevistadas se menciona la ocurrencia de embarazos a temprana edad a lo largo de las últimas dos generaciones. Si bien casi todos reconocen el valor de sus hijos(as) o nietos(as), para las familias y para los y las jóvenes, los embarazos traen consigo importantes cambios en sus vidas que implican, dadas las condiciones económicas y afectivas que viven, el abandono de los procesos educativos formales para dedicarse al cuidado del bebé (en el caso de las mujeres), el inicio de actividades laborales con baja cualificación, baja remuneración y baja calidad del empleo.

Igualmente, supone gastos adicionales para las familias y cambios de residencia para vivir en condiciones habitacionales o relaciones adversas, que en muchas ocasiones generan conflictos, como se indicó antes.

En cuanto a las oportunidades de acceso al mercado laboral formal, todas las familias refieren la recurrencia de bajos niveles educativos y acceso a empleos precarios. Los empleos deficitarios de padres y madres en muchas ocasiones obligan a los hijos(as) a trabajar tempranamente y con ello el abandono escolar. Además, este abandono es consecuencia de embarazos a temprana edad, principalmente en mujeres.

En los relatos suele señalarse, aparte de lo mencionado, que entre las razones del abandono escolar, está sentir poco gusto por el estudio dada su dificultad, pero, por otra parte, los entrevistados consideran que no cuentan con las capacidades suficientes para finalizar sus estudios. Se evidencia en ellos una inclinación casi «natural» a desarrollar labores manuales en comparación con actividades intelectuales.

[...] Yo soy el menor y pues mi mamá trabajaba para ayudarnos a todos pero le quedaba muy duro, entonces yo decidí no estudiar y ponerme a trabajar para ayudar a mis hermanos, a mi familia, desde los 12 años trabajaba [...] (Joaquín, 2024).

Otras barreras para acceder a empleos de calidad se relacionan con condiciones de discapacidad o con la edad, bien sea porque sobrepasan cierta edad o porque debido a su juventud no cuentan con la experiencia necesaria o no inspiran suficiente confianza.

La enfermedad y el cuidado son obstáculos adicionales; la primera porque impide realizar algunas actividades y, la segunda, porque supone destinar tiempo para atender a otros. Vale decir que las actividades de cuidado son realizadas en su mayoría por mujeres, lo cual reduce oportunidades para su inserción en el mercado laboral.

[...] Yo trabajaba en una empresa grande, pero me sacaron porque uno de los gerentes vio mi discapacidad en mi pierna y dijo que yo no podía trabajar allá, que me tenía que sacar porque no podían hacerse cargo que de pronto yo tuviera un accidente y me tuvieran que pagar todo, además la empresa iba a cerrar por la situación país [...] (Manuel, 2024).

El género es otra condición que juega en contra del acceso a empleos formales y de calidad. Para las mujeres, acceder a empleos significa superar la falta de

experiencia laboral, la baja formación educativa y el cuidado de la familia, debido a que muchas de ellas abandonaron tempranamente sus estudios en gran parte por embarazos; tampoco desempeñaron actividades laborales y en lo económico dependían de sus familias o de sus parejas, pero además, muchas son cabezas de familia y para salir a trabajar deben dejar a sus hijos al cuidado de otras personas o incluso de ellos mismos.

Para la mayoría de las familias entrevistadas, su «lucha» diaria radica en conseguir los recursos esenciales para mantener una vida con los niveles básicos de necesidades satisfechas, muchas veces con serias deficiencias en la calidad de esa satisfacción.

Los principales gastos son los servicios públicos y los gastos de vivienda, incluso por encima de la alimentación. También dedican gran parte de sus esfuerzos al pago de deudas relacionadas con la vivienda (impuestos, servicios públicos retrasados). Los recursos para el transporte y la movilidad son escasos, así como para sufragar gastos adicionales de los servicios de salud que no están cubiertos por ningún programa de acompañamiento social. Cubrir los gastos en los materiales educativos de los niños(as) y jóvenes siempre supone grandes esfuerzos, en detrimento de otros rubros de la economía familiar.

A lo anterior se suman los gastos que implican situaciones adversas padecidas por algunos miembros que se convierten en gastos fijos para las familias. Esto incluye el tratamiento de enfermedades y de adicciones, así como los gastos y el mantenimiento de personas privadas de libertad. Situaciones, que además de implicar un costo económico, tienen importantes consecuencias afectivas.

ESTADO, FAMILIA Y OPORTUNIDADES

Con respecto a la estructura que ofrece el Estado, los entrevistados reconocen la deficiente oferta de servicios de salud y educación, la ausencia de programas de subsidios condicionados y la falta de mecanismos de pago de las deudas relacionadas con sus viviendas. Por el lado el mercado, se evidencian pocas oportunidades para el ahorro, ausencia de productos a bajo costo y pocas ofertas para la formación para el trabajo; impera el trabajo informal.

Con respecto a la sociedad civil, las oportunidades se concentran en las redes familiares y comunitarias para el cuidado y las relaciones de solidaridad, así como la generación de algunos ingresos por vía de la oferta de servicios y el préstamo o por el intercambio de bienes y productos entre los propios integrantes del grupo familiar.

La oferta más relevante para las familias por parte del Estado se desvanece ante la mirada de los entrevistados. Creen que la única posibilidad de desarrollo es por cuenta propia. La institucionalidad, afirman, está rota. No existe confianza en el funcionamiento de la estructura gubernamental.

El mercado ofrece oportunidades laborales principalmente en el sector informal: el empleo doméstico, las ventas ambulantes, vigilancia, prestación de servicios de construcción o en otros trabajos manuales, conducción de taxi, sin ningún tipo de contrato o garantía para los(as) trabajadores(as).

[...] Hay gente que es muy humillante, que cree que la empleada tiene que hacer de todo y ellos le pagan lo que les da la gana, a mí no es que me guste pero a ella le gusta su plata y le gusta ayudarme [...] (Luis, 2024).

Se identifican formas de «ahorro» en el interior de algunas organizaciones, en las cuales los empleados guardan mensualmente parte de sus ingresos y luego los solicitan. Vale decir que corresponden —según señalan en las entrevistas— a formas inseguras de guardar dinero, porque con frecuencia no les es devuelto. Por último, se menciona la presencia en el sector de una amplia oferta de productos a bajos costos que incluye alimentación, vestuario u otros productos. «[...] Uno va guardando plata a través de un bolso y se la dan cuando uno la pida [...]» (Elmer, 2024).

La estructura de oportunidades que ofrece la sociedad civil se teje por medio de las redes familiares y comunitarias. Principalmente, como se ha mencionado antes, a través del cuidado de personas. Estas redes permiten conocer y acceder a oportunidades de trabajo, así como ofrecer servicios. También son una alternativa para obtener bienes y productos a través de actos de solidaridad (por ejemplo, con mercados de algunos vecinos o de organizaciones sociales o religiosas), mano de obra para hacer reparaciones o mejoras a las viviendas, préstamos y regalos de utensilios o equipos para las viviendas (muebles, electrodomésticos).

Se identificaron algunas formas de organización solidaria como las religiosas, a las que las familias acuden regularmente.

En lo político no se evidenciaron formas de organización; por el contrario, hubo un claro rechazo respecto a este tema. El vínculo con el sistema político institucional se da con fines electorales, a través del intercambio de votos por algunos bienes, dinero u oportunidades de empleo y educación.

[...] A veces, cuando nos vemos mal, la cuñada de mi esposo, que va conmigo a caminar, ella a veces, allá en la iglesia recogen mercados, entonces pues yo a veces le cuento a ella que pues que uno está mal, no pidiéndole a ella, entonces ella va y le dice a una líder de calle que uno necesita un CLAP, porque allá reparten y a veces dan [...] (Lucrecia, 2024).

a. El hacer de las familias

Las acciones que realizan las familias pueden ser clasificadas en dos grupos: uno, de mediano y largo plazo, y otro, de respuestas inmediatas y cotidianas. Entre las primeras están las orientadas a mejorar el capital humano por medio de la educación o la compra de vivienda (tomas, construcciones improvisadas), entendiendo estas como inversiones principalmente para las generaciones futuras. Con respecto a las acciones inmediatas, destacan las dirigidas a obtener recursos económicos, modificar consumos y reducir gastos.

Entre las acciones para mejorar el capital humano se evidenciaron esfuerzos por garantizar la sostenibilidad de los niños(as) y jóvenes en el sistema educativo formal, aunque en muy pocos casos alcanzan niveles de educación técnica y profesional. También se expresa interés por parte de algunas jóvenes madres, de continuar su proceso de formación técnica y, con ello, acceder a mejores oportunidades de empleo. Asimismo, un reducido número de familias emprende procesos de ahorro para la compra de vivienda bajo la modalidad del ahorro familiar.

Las acciones inmediatas se orientan a mejorar sus ingresos, principalmente a través del trabajo, valga insistir, dentro del sector informal. Del mismo modo, empleando la vivienda, bien sea alquilando cuartos, prestando servicios o vendiendo productos desde el lugar de residencia. Hacen ahorros personales a través de lo que denominan bolsos o sanes.

Para reducir gastos, las familias comparten con otros sus viviendas, distribuyendo el pago de servicios públicos y alquiler. Igualmente restringiendo los gastos de consumo: alimentos, ropa, transporte, salud, educación y recreación. Algunas familias suspenden de manera definitiva ciertos gastos, incluso en detrimento de su bienestar.

[...] Aquí lo que más se compra es arroz y pasta, los granos los trae la bolsa granos. Hace años no se puede hacer mercado grande, ahorita estamos comprando al diario, o sea, yo le doy a mi mujer y ella va y compra diario y cocina [...] (Eliseo, 2024).

Otra forma de reducir los gastos es actuando sobre la forma de pagar las deudas, lo que genera nuevas deudas. Los pagos de los servicios públicos, los alquileres u otras deudas de las viviendas, así como algunos gastos de educación, se difieren en cuotas, lo cual permite reducir los gastos fijos. Por otra parte, esto puede ir acompañado de la adquisición de deudas, principalmente con familiares y amigos.

b. En la búsqueda de alternativas... más allá de la sobrevivencia

Los casos analizados reflejan claramente configuraciones sociales de vulnerabilidad que dejan entrever los vínculos dialécticos entre las condiciones objetivas de las estructuras de oportunidades, con el desarrollo y la potenciación de recursos y capacidades de las familias y los individuos.

Se comprueban configuraciones de desventaja social intergeneracionales y biográficas: de partida, es decir, se nace en desventaja; a lo largo de la vida respecto a la distribución y acceso a oportunidades; y frente a los resultados, expresados en los capitales (humano, económico, social, cultural) y las capacidades (cognitivas, afectivas, biológicas) que poseen los individuos y las familias.

Aunque las narrativas mostraron mejoras en el empleo formal en cuanto a la oferta y los ingresos de los hogares en América Latina y en Venezuela durante la primera década de este siglo, se evidencia una desestructuración del acceso a recursos financieros y la dependencia de algún tipo de ayuda potestativa del gobierno.

En consecuencia, se identifica una heterogeneidad estructural marcada por una fuerte segmentación en el mercado laboral con sectores de alta productividad con ingresos más elevados, y sectores de escasa productividad con ingresos más bajos, condiciones laborales más precarias y menor nivel educativo relativo. Dentro de los sectores de baja productividad se sitúan todos los casos analizados como población que está «al margen» o «en el margen» del sistema social.

Mientras los sectores medios y altos de la sociedad tienen periodos de empleo y desempleo con niveles variables de ingresos, producto de los ritmos de la economía, en los sectores vulnerables el desempleo, la inestabilidad y la precariedad del empleo son permanentes.

El carácter periférico de estos grupos poco depende del sector formal de la economía; en cambio, se sustenta por las oportunidades de la oferta laboral del sector informal y el autoempleo. El déficit de activos les impide entrar en la competencia para vincularse en el sector formal. Esto ubicaría a esta población en el segmento que permanece en el informal por necesidad y bajo condiciones de subordinación y precariedad, y no así en el segmento que estando dentro de este sector, lo hace por decisión propia con algún grado de control sobre los recursos.

Esto revela ciertas continuidades históricas y total coincidencia entre las características de las familias analizadas con aquellos sectores vulnerados y por tanto vulnerables, descritos por Aníbal Quijano (1970) en la década de los años setenta, bajo la denominación «polo marginal».

Con este término el autor se refiere a segmentos de población que no quedan totalmente fuera del sistema social, sino como un sector integrado por mano de obra impedida de ocupar roles de mayor productividad y, por lo tanto, forzado a refugiarse en actividades económicas insignificantes para las necesidades productivas de los sectores dominantes de la sociedad.

En los casos analizados, todos los y las participantes estaban vinculados laboralmente con el sector informal: venta callejera, reciclaje, trabajo doméstico y trabajos ocasionales mal remunerados.

La oferta estatal para estas poblaciones es ampliamente difusa; algunas de sus estrategias, podría decirse, se concentran principalmente en el sector educativo y una precaria asistencia sanitaria, así como en programas para la superación de la pobreza basadas en subsidios.

En cuanto al capital humano, que es uno de los ejes para la superación de la pobreza, se hizo palpable la deficiente creación de mayores oportunidades para el ingreso a la educación básica y secundaria, hecho que coincide con la disminución, a partir el presente siglo, de las matrículas en los sectores más desfavorecidos. Como rasgo propio de la vulnerabilidad, se encuentra una alta deserción y la casi imposibilidad de continuar con niveles de formación superior, técnica o profesional (UNESCO, 2022, p. 84). Esto fractura el círculo virtuoso del que tanto se habla para superar la pobreza, el cual establece que entre mayor nivel educativo, las personas acceden a mejores trabajos y mayores ingresos.

En cuanto a los programas de superación de la pobreza, se observaron problemas en la focalización y el acceso a los mismos, pues, aunque todas estas familias se encontraban clasificadas como «pobres», sólo una minoría de ellas recibe beneficios constantes. Esto refleja un desfase entre un amplio aparataje gubernamental y técnico de parte del Estado venezolano para identificar a la población pobre, la creación de una burocracia estatal y la estructuración técnica y legal de programas de superación de la pobreza y una implementación que no necesariamente cubre la totalidad de los sectores clasificados como beneficiarios.

Por otra parte, para quienes se benefician, estos programas operan con funcionamiento partidista y, a la vez, como contenedores de una situación; pero, en ninguno de los casos, como vehículos para la movilidad social y superación de las condiciones de vulnerabilidad.

En cuanto a la sociedad civil como campo de estructura de oportunidades, se evidenció una importante participación en el fortalecimiento del capital social a través de la ejecución de programas de asistencia social. En los casos estudiados,

se observaron comportamientos de solidaridad ligados con el cuidado o frente a situaciones calamitosas y un interés manifiesto por participar en espacios comunitarios y mantener y construir vínculos externos a la familia.

Asimismo, se identifica lo que algunos autores denominan «ineficacia normativa», caracterizada por sentimientos de inseguridad y desconfianza interpersonal que conlleva dificultades para construir lazos sociales que produzcan sinergia, y la falta de actores sociales que logren plantear las insatisfacciones comunes ante los poderes públicos (Kaztman y Filgueira, 2019, p. 34), lo cual, ciertamente, implica que aprovecho el beneficio que me ofrece el programa, pero desconfío en la institucionalidad.

La familia es el grupo de referencia más significativo para enfrentar situaciones cotidianas, para satisfacer necesidades o afrontar dificultades. Sin embargo, también es un espacio de conflictos, en gran medida debido a las propias condiciones de vulnerabilidad (hacinamiento, deudas e incumplimiento de pagos), así como de expresiones de violencia. La vulneración se incrementa en términos de una sobrecarga de labores: trabajo mal remunerado, labores domésticas que, en muchas ocasiones, son asumidas exclusivamente por la jefatura del hogar tanto en lo emocional como en lo económico.

Son palpables algunas similitudes con el panorama de América Latina, región donde se observa que las mujeres trabajan más horas que los hombres, sin mencionar las labores domésticas que muchas están destinadas a realizar por razones culturales (Tassara, 2015). «Las mujeres y niñas aportan el 70% de este trabajo no remunerado y son pobres en términos de tiempo. Las mujeres pobres son doblemente pobres: en términos de ingresos y de tiempo» (Cecchini y Madariaga, 2021, p. 52).

UNA CONCLUSIÓN AÚN EN CONSTRUCCIÓN

En términos generales, los hallazgos muestran coincidencias con otros estudios, lo que evidencia una configuración de campos interrelacionados que actúan en la producción de la vulnerabilidad.

La segregación espacial lleva a las personas a situarse en sectores con déficits habitacionales, en cuanto a la calidad de las viviendas, el equipamiento urbano, el acceso a servicios, la conectividad, la movilidad y la seguridad.

Se produce un rezago de las condiciones de bienestar respecto a bajos niveles de salud, vivienda, educación y nivel de desarrollo cultural. Hay una marginación económica y productiva, toda vez que las personas tienen ingresos de subsistencia y empleos inestables y precarios. Hay un resquebrajamiento de la participación

política, debido a que no forman parte de organizaciones políticas que los representen, ni participan en las tareas que deben emprenderse para la solución de los problemas sociales, incluidos los propios. En consecuencia, hay una pérdida en la capacidad de autogestión, ya que no pueden superar su condición por sí mismos.

Los resultados muestran, en ese sentido, el carácter crónico de la vulnerabilidad, debido a la debilidad de la estructura de oportunidades para facilitar el desarrollo y la movilidad de activos; la potencia/eficacia de las estrategias familiares (todos los casos se mantienen dentro de niveles de vulnerabilidad). Por tanto, dentro de una posible clasificación de los procesos de vulnerabilidad social encontramos que los casos analizados corresponden a familias vulnerables por tiempo indefinido, con una incapacidad histórica de respuesta, en contraste con otras posibles variaciones de familias vulnerables por procesos de pauperización o, transitoriamente, debido a factores coyunturales o imponderables de la naturaleza.

¿Qué hacen las familias con lo que tienen y pueden?

Las estrategias familiares identificadas coinciden con la clasificación que propone Cornia (2017) y dan cuenta de:

- 1)** las destinadas a la generación de recursos: **a)** mediante la oferta de fuerza de trabajo en el mercado, con una inserción diferencial entre hombres y mujeres; **b)** incremento de la producción propia (servicios); **c)** endeudamiento (vecinal); **d)** aumento del flujo por ingresos de transferencias privadas o públicas (subsidios, subvenciones y comidas escolares);
- 2)** estrategias para mejorar la eficacia de los recursos existentes (orientada a moderar los descensos en el nivel de consumo material: cambios de hábitos de consumo de artículos básicos y no básicos;
- 3)** estrategias de familia extendida y migración: cambios en la composición y organización familiar.

Los hallazgos muestran que priman las estrategias económicas orientadas a evitar gastos de consumo, ganar dinero extra o para cambiar acciones mercantiles por acciones no monetaristas para sobrevivir. Tales estrategias evidencian la imposibilidad de configurar procesos de planificación en el interior de las familias como organización, así como para cada uno de sus miembros y, básicamente, operan de forma adaptativa (c.f. Arteaga, 2017, p. 99).

Por otra parte, tal como afirma Diego Palma (1984), estas estrategias no surgen fundamentalmente por causas de las crisis, más bien, se consolidan como prácticas recurrentes asociadas con las circunstancias en que las clases subalternas deben reproducirse en condiciones de desventaja social, económica y cultural, como se señaló en párrafos anteriores.

Las económicas buscan sobre todo paliar situaciones cotidianas, sin conseguir transformar las condiciones de vida. Por otra parte, el grado de inserción en redes sociales y de relaciones derivadas de estas es frágil (vulnerable) y de bajo impacto, debido a que quienes las constituyen comparten condiciones de vulnerabilidad; sin embargo, se reconoce su potencial afectivo para afrontar situaciones de emergencia.

En consecuencia, para el grupo de familias estudiadas es posible afirmar que los arreglos, mecanismos o comportamientos específicos para lograr su reproducción material se constituyen debido a la incapacidad mostrada por el sistema para asegurarles condiciones estables de las cuales se deriven los recursos materiales y no materiales necesarios.

Así, las estrategias de sobrevivencia comportan una trama de conductas de resistencia ante condiciones estructurales o procesos deteriorantes a los que están subyugados amplios sectores poblacionales. Sin embargo, estas «respuestas» o «readaptaciones» no son necesariamente exitosas, debido a su fragilidad y débil impacto a consecuencia de la escasa disponibilidad de activos, la acumulación de pasivos y la precaria estructura de oportunidades.

Por otra parte, en todos los casos analizados las estrategias familiares presentan tensiones entre ellas, así como desvíos o interrupciones, esto es, ninguna estrategia logra tener únicamente los efectos esperados. En la mayoría de los casos altera otras o se ve alterada por otras, con resultados negativos para las familias. Asimismo, con frecuencia los propósitos de una determinada acción terminan distorsionándose o interrumpiéndose debido a la falta de control individual, familiar o social. Por ejemplo: un ensanchamiento de la familia como estrategia para generar ingresos, disminuir gastos fijos distribuyendo costos y garantizar el cuidado de los infantes o de personas adultas mayores, puede generar tensiones debido a las condiciones de las viviendas para albergar a todos los miembros del hogar: incrementa el hacinamiento, aumenta la dependencia económica por la inestabilidad de los empleos, aumenta los conflictos familiares y en ocasiones puede favorecer la violencia familiar.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Arteaga, M. (2017). *Por qué hablar de pobreza*. (4ta ed.). México: Fondo de Cultura Económica. <https://www.revistaanfibia.com/hablamos-cuando-hablamos-pobreza/>
- Babarino A. (s.f). *La sociedad de los sobrevivientes*. Caracas: FACES-UCV.
- Bel, A. (2012). *¿Qué es la pobreza?* (2da ed.) Buenos Aires: Editorial Espacio.
- Busso, M. (2001). *La pobreza en el orden mundial capitalista*. (4ta ed.). México: Fondo de Cultura Económica. <https://elordenmundial.com/tag/capitalismo/>
- Cepal/Celade (1995). *Los nuevos pobres de la sociedad postmoderna*. Santiago de Chile.
- Clemente A. (2002). *La sociedad sin sujetos* (2da ed.). Caracas: Fondo de Cultura Social para el Desarrollo.
- Cornia, T. (2017). *Las familias del siglo XXI*. Bogotá: Editorial MH.
- Cruz, H. (2014). *Nuevas propuestas para la intervención social*. (2da ed.). México: Fondo de Cultura Económica. <https://zoonpolitikonmx.files.wordpress.com/2014/08/mundoyosociedad.pdf>
- Delors, J. (1998). *La educación encierra un tesoro*. UNESCO.
- Eliseo, M. (2015). *Tipos de vulnerabilidad*. (3 era). Fondo de desarrollo social. <https://accioncontraelhambre.org/es/actualidad/cual-es-la-diferencia-pobreza-exclusion-social>
- Eroles, C. (2001). *Familia y trabajo social*. Buenos Aires: Espacio. http://www.iunma.edu.ar/doc/MB/lic_ts_mat_bibliografico/NIVEL%20DE%20LA%20PR%C3%81CTICA%20I/Carlos%20Eroles_La%20intervenci%C3%B3n...Familia%20y%20Trabajo%20Social%20-%20pag%2013%20a%2053.pdf
- Figueira, C. (2001). *Estrategias de afrontamiento en la intervención psicológica*. Caracas: Ediciones Belmeo.
- Giordani, J. (2009). *La transición venezolana al socialismo*. Caracas: Vadell Hermanos Editores.
- González, R. (2018). *La era de la globalización. Hacia la homogenización de la cultura*. Buenos Aires: Espacio.
- Kaen, L. (2019). *Exclusión y América Latina. Mirando a Brasil*. Bogotá: Ediciones Cultura y Sociedad.

- Katzman, Y. (2019). *Crisis de la institucionalidad en América Latina. El costo de la izquierda*. Barcelona-España: Ediciones Mundo Literario.
- Lampis, H. (2010). *Competitividad a través de las competencias*. Barcelona-España: Ediciones Narcea.
- Moser, C. (1998). *Aplicación de los principios de la administración a la familia*. (6ta edición). Buenos Aires: Editorial Espacio.
- Palma, D. (1984). *Educación para la democracia*. Buenos Aires: Editorial Espacio.
- Paz, M. (2010). *Pobreza y exclusión*. (3 era). Fondo de desarrollo social. <https://accioncontraelhambre.org/es/actualidad/cual-es-la-diferencia-pobreza-exclusion-social>
- Pizarro, M. (2021). *Teorías y conceptos de la vulnerabilidad*. (2da ed.). Mundo humano. <https://scholarblogs.emory.edu/vulnerability/2021/02/01/is-and-is-not/>
- Strauss, T. (2022). *Indicadores de la exclusión social*. (3 era). Fondo de desarrollo social. <https://accioncontraelhambre.org/es/actualidad/cual-es-la-diferencia-pobreza-exclusion-social>
- Quijano, A. (1970). *Colonialidad y descolonialidad del poder*. Lima: Editorial Universidad Ricardo Palma.
- Tassara, H. (2015). *El mundo de las competencias*. Bogotá: Editorial 1.